

y era la casa y morada donde se asentaba el imperio; así que osase entrar en la majestad de Roma un pobre hombre y decir á voces en sus plazas della que eran demonios sus ídolos, y que la religion y manera de vida que recibieron de sus antepasados era vanidad y maldad; y maravilla es que una tal osadía tuviese suceso, y que el suceso fuese tan feliz como fué es maravilla que vence el sentido. Y si estuvieran las gentes obligadas por sus religiones á algunas leyes dificultosas y ásperas, y si los apóstoles los convidaran con deleite y soltura, aunque era dificultoso mudarse todos los hombres de aquello en que habian nacido, y aunque el respeto de los antepasados de quien lo heredaron, y la autoridad y dicho de muchos excelentes en elocuencia y en letras que lo aprobaron, y toda la costumbre antigua é inmemorial, y sobre todo, el comun consentimiento de las naciones todas, que convenian en ello, les hacia tenerlo por firme y verdadero; pero, aunque romper con tantos respetos y obligaciones era extrañamente difícil, todavía se pudiera creer que el amor demasiado con que la naturaleza lleva á cada uno á su propia libertad y contento habia sido causa de una semejante mudanza.

»Mas fué todo al revés, que ellos vivian en vida y religion libre y que alargaba la rienda á todo lo que pide el deseo; y los apóstoles, en lo que toca á la vida, los llamaban á una suma aspereza, á la continencia, al ayuno, á la pobreza, al desprecio de todo cuanto se ve; y en lo que toca á la creencia, les anunciaban lo que á la razon humana parece increíble, y decíanles que no tuviesen por dioses á los que les dieron por dioses sus padres, y que tuviesen por Dios y por hijo de Dios á un hombre á quien los judíos dieron muerte de cruz; y él, muerto en la cruz, dió vigor no creible á aquesta palabra. Por manera que aqueste hecho, por donde quiera que le miremos, es hecho maravilloso; maravilloso en el poco aparato con que se principió, maravilloso en la presteza con que vino á crecimiento, y mas maravilloso en el grandísimo crecimiento á que vino, y sobre todo, maravilloso en la forma y manera como vino. Porque si sucediera así, que algunos persuadidos al principio por los apóstoles, y por aquellos persuadiéndose otros, y todos juntos y hechos un cuerpo y con las armas en la mano se hicieran señores de una ciudad, y de allí, peleando, sujetaran á sí la comarca, y de allí, peleando, cobrando mas fuerzas, ocuparan un reino, y como á Roma le aconteció, que, hecha señora de Italia, movió guerra á toda la tierra; así ellos, hechos poderosos y guerreando vencieran el mundo y le mudaran sus leyes; si así fuera, menos fuera de maravillar. Así subió Roma á su imperio, así tambien la ciudad de Cartago vino á alcanzar grande poder; muchos poderosos reinos crecieron de semejantes principios; la secta de Mahoma, falsísima, por este camino ha cundido, y la potencia del Turco, de quien agora tiembla la tierra, principio tuvo de ocasiones mas flacas; y finalmente, desta manera se esfuerzan y crecen y sobrepujan los hombres unos á otros.

»Mas nuestro hecho, porque era hecho verdaderamente de Dios, fué por muy diferente camino. Nunca se juntaron los apóstoles y los que creyeron á los após-

toles para acometer, sino para padecer y sufrir; sus armas no fueron hierro, sino paciencia jamás oida. Morian, y muriendo vencian; cuando caian en el suelo degollados nuestros maestros se levantaban nuevos discípulos, y la tierra, cobrando virtud de su sangre, producía nuevos frutos de fe, y el temor y la muerte, que se espanta naturalmente y aparta, atraía y acodiaba á las gentes á la fe de la Iglesia; y como Cristo muriendo venció, así, para mostrarse brazo y valentía verdadera de Dios, ordenó que hiciese alarde el demonio de todos sus miembros, y que los encendiese en crueldad cuanto quisiese, armándolos con hierro y con fuego, y no les embotó las espadas, como pudiera, ni se las quitó de las manos, ni hizo á los suyos con cuerpos no penetrables al hierro, como dicen de Aquiles; sino antes se los puso, como suelen decir, en las uñas, y les permitió que ejecutasen en ellos toda su crueldad y fiereza y lo que vence á toda razon, muriendo los fieles, y los infieles dándoles muerte, diciendo los infieles matemos, y los fieles diciendo muramos, pereció totalmente la infidelidad y creció la fe, y se extendió cuanto es grande la tierra.

»Y venciendo siempre, á lo que parecía, nuestros enemigos, quedaron, no solo vencidos, sino consumidos del todo y deshechos, como lo dice por hermosa manera Zacarías, profeta (a): —Y será este el azote con que herirá el Señor á todas las gentes que tomaren armas contra Jerusalem; la carne de cada uno, estando él levantado y sobre sus piés, deshecha se consumirá, y tambien sus ojos, dentro de sus cuencas sumidos, serán hechos marchitos, y secaráseles la lengua dentro de la boca.—Adonde, como veis, no se dice que habia de poner otro alguno las manos en ellos para darles la muerte, sino que ellos de suyo se habian de consumir y secar y venir á menos, como acontece á los éticos, y que habian de venir á caerse de suyo, y esto, al parecer, no derrocados por otros, sino estando levantados y sobre sus piés. Porque siempre los enemigos de la Iglesia ejecutaron su crueldad contra ella y quitaron á los fieles cuantas veces quisieron las vidas, y pisaron victoriosos sobre la sangre cristiana; mas tambien aconteció siempre que, cayendo los mártires, venian al suelo los ídolos y se consumian los martirizadores gentiles, y multiplicándose con la muerte de los unos la fe de los otros, se levantaban y acrecentaban los fieles, hasta que vino á reinar en todos la fe.

»Vengan agora pues los que se ceban de solo aquello que el sentido aprehende, y los que, esclavos de la letra muerta, esperan batallas y triunfos y señoríos de tierra, porque algunas palabras lo suenan así; y si no quieren creer la victoria secreta y espiritual y la redencion de las ánimas, que servian á la maldad y al demonio, que obró Cristo en la cruz, porque no se ve con los ojos, y porque ni ellos para verlo tienen los ojos de fe que son menester, esto á lo menos que pasó y pasa públicamente y que lo vió todo el mundo, la caída de los ídolos y la sujecion de todas las gentes á Cristo, y la manera como las sujetó y las venció. Pues vengan y díganlos si les parece aqueste hecho pequeño ó usado ó visto otra vez, ó siquiera imaginado como posible el

(a) Zachar., 14, v. 12.

poder de este hecho antes que por el hecho se viese; díganlos si responde mejor con las promesas divinas, y si las hinche mas este vencimiento y si es mas digno de Dios que las armas que fantasea su desatino. ¿Qué victoria, aunque junten en uno todo lo próspero en armas y lo victorioso y valeroso que ha habido, traída con esta victoria á comparacion, tiene ser? Qué triunfo ó qué carro vió el sol que iguale con este? Qué color les queda ya á los miserables ó qué apariencia para perseverar en su error?

»Yo persuadido estoy para mí, y téngolo por cosa evidente, que sola esta conversion del mundo, considerada como se debe, pone la verdad de nuestra religion fuera de toda duda y cuestion, y hace argumento por ella tan necesario, que no deja respuesta á ninguna infidelidad, por aguda y maliciosa que sea, sino que, por mas que se aguce y esfuerce, la doma y la ata y la convence, y es argumento breve y clarísimo y que se compone todo él de lo que toca al sentido. Porque ruégoo, Juliano y Sabino, que me digais, y si mi ingenio por su flaqueza no pasa adelante, tended vosotros la vista aguda de los vuestros, quizá veréis mas; así que, decidme, hablando agora de Cristo y de las cosas y obras suyas que á todas las gentes, así fieles como infieles, fueron notorias, así las que hizo él por sí en su vida, como las que hicieron sus discípulos dél despues de su muerte, decidme, ¿no es evidente á todo entendimiento, por mas ciego que sea, que aquello se hizo ó por virtud de Dios ó por virtud del demonio, y que ninguna fuerza de hombre, no siendo favorecido de alguna otra mayor, no era poderosa para hacer lo que, viéndolo todos, hicieron Cristo y los suyos? Evidente es esto sin duda; porque aquellas obras maravillosas que las historias de los mismos infieles publican, y la conversion de toda la gentilidad, que es notoria á todos ellos y fué la mas milagrosa obra de todas; así que, estas maravillas y milagros tan grandes necesaria cosa es decir que fueron ó falsos ó verdaderos milagros; y si falsos, que los hizo el demonio, y si verdaderos, que los obró Dios.

»Pues siendo esto así, como es, si fuere evidente que no los hizo el poder del demonio, ¿quedará convencido que Dios obró? Y es evidente que no los hizo el demonio, porque por ellos, como todas las gentes lo vieron, fué destruido el demonio y su poder y el señorío que tenia en el mundo, derrocándole los hombres sus templos y negándole el culto y servicio que le daban antes, y blasfemando dél. Y lo que pasó entonces en toda la redondez del orbe romano pasó en la edad de nuestros padres y pasa agora en la nuestra, y por vista de ojos lo vemos en el mundo nuevamente hallado; en el cual, desplegando por él su victoriosa bandera, la palabra del Evangelio destierra por donde quiera que pasa la adoracion de los ídolos. Por manera que Cristo ó es brazo de Dios ó es poder del demonio; y no es poder del demonio, como es evidente, porque deshace y arruina el poder del demonio; luego evidentemente es brazo de Dios. Oh, cómo es luz la verdad, y cómo ella misma se dice y defiende y sube en alto y resplandece, y se pone en lugar seguro y libre de contradicion! ¿No veis con cuán simples y breves palabras la pura verdad se concluye? Que torno á decirlo otra y tercera vez. Si

Cristo no fué error del demonio, de necesidad se concluye que fué luz y verdad de Dios, porque entre ello no hay medio; y si Cristo destruyó el ser y saber y poder del demonio, como de hecho le destruyó, evidente es que no fué ministro ni fautor del demonio.

»Humíllese pues á la verdad la infidelidad, y convencida, confiese que Cristo, nuestro bien, no es invencion del demonio, sino verdad de Dios y fuerza suya y su justicia, y su valentía y su nombrado y poderoso brazo. El cual, si tan valeroso nos parece en esto que ha hecho, en lo que le resta por hacer y nos tiene prometido de hacerlo, ¿qué nos parecerá cuando lo hiciere, y cuando, como escribe san Pablo (a), dejare vacías, esto es, depusiere de su ser y valor á todas las potestades y principados, sujetando á sí y á su poder enteramente todas las cosas para que reine Dios en todas ellas; cuando diere fin al pecado, y acabare la muerte y sepultare en el infierno para nunca salir de allí la cabeza y el cuerpo del mal? Mucho mas es lo que se pudiera decir acerca deste propósito; mas, para dar lugar á lo que nos resta, basta lo dicho y aun sobra, á lo que parece, segun es grande la prisa que se da el sol en llevarnos el día.» Aquí Juliano, levantando los ojos, miró hácia el sol, que ya se iba á poner, y dijo: «Huyen las horas, y cuasi no las habemos sentido pasar, detenidos, Marcelo, con vuestras razones; mas para decir lo demás que os placiere no será menos conveniente la noche templada que ha sido el día caluroso.» Y mas, dijo encontinentemente Sabino, que como el sol se fuere á su oficio, vendrá en su lugar la luna, y el coro resplandeciente de las estrellas con ella, que, Marcelo, os harán mayor auditorio, y callando con la noche todo, y hablando solo vos, os escucharán atentísimas. Vos mirad no os halle desapercibido un auditorio tan grande.» Y diciendo esto y desplegando el papel, sin atender mas respuesta, leyó:

## §. II.

Es Cristo llamado *Rey*, y de las cualidades que Dios puso en él para este oficio.

«Nómbrase Cristo tambien *Rey de Dios*. En el salmo 2 dice él de sí, segun nuestra letra: —Yo soy Rey constituido por él, esto es, por Dios, sobre Sion, su monte santo.—Y segun la letra original, dice Dios de él: —Yo constituí á mi Rey sobre el monte de Sion, monte santo mio.—Y segun la misma letra, en el capítulo 14 de Zacarías: —Y vendrán todas las gentes y adorarán al Rey del Señor Dios.—»

Y leído esto, añadió el mismo Sabino, diciendo: «Mas es poco todo lo demás que en este papel se contiene; y así, por no desplegarle mas veces, quiérola leer de una vez;» y dijo:

«Nómbrase tambien *Príncipe de paz*, y nómbrase *Esposo*. Lo primero se ve en el capítulo 9 de Esaías, donde, hablando dél, el Profeta dice:—Y será llamado Príncipe de paz.—De lo segundo él mismo, en el evangelio de san Juan, en el capítulo 3, dice: —El que tiene esposa esposo es, y su amigo oye la voz del esposo y gózase.—Y en otra parte: —Vendrán días

(a) 1, Corint., 15, v. 24.



cuando les será quitado el Esposo, y entonces ayunarán. —»

Y con esto calló. Y Marcelo comenzó por esta manera: «En confusión me pusiera, Sabino, lo que habeis dicho, si ya no estuviera usado á hablar en los oídos de las estrellas, con las cuales comunico mis cuidados y mis ansias las mas de las noches, y tengo para mí que son sordas, y si no lo son y me oyen, estas razones de que agora tratamos no me pesará que las oigan, pues son tuyas, y de ellas las aprendimos nosotros, segun lo que en el salmo se dice (a): — Que el cielo pregona la gloria de Dios, y sus obras las anuncia el cielo estrellado. — Y la gloria de Dios y las obras de que él señaladamente se precia son los hechos de Cristo, de que platicamos agora. Así que, oiga en buen hora el cielo lo que nos vino del cielo y lo que el mismo cielo nos enseñó. Mas sospecho, Sabino, que, segun es baja mi voz, el ruido que en esta presa hace el agua cayendo, que crecerá con la noche, les hurtará de mis palabras las mas. Y como quiera que sea, viniendo á nuestro propósito, pues Dios en lo que habeis agora leído llama á Cristo rey suyo, siendo así que todos los que reinan son reyes por mano de Dios, claramente nos da á entender y nos dice que Cristo no es rey como los demás reyes, sino rey por excelente y no usada manera. Y segun lo que yo alcanzo, á solas tres cosas se puede reducir todo lo que engrandece las excelencias y alabanzas de un rey; y la una consiste en las cualidades que en su misma persona tiene convenientes para el fin del reinar, y la otra está en la condicion de los súbditos sobre quien reina, y la manera como los rige y lo que hace con ellos el rey es la tercera y postrera; las cuales cosas en Cristo concurren y se hallan como en ninguno otro, y por esta causa es él solo llamado por excelencia rey hecho por Dios.

»Y digamos de cada una dellas por sí. Y lo primero, que toca á las cualidades que puso Dios en la naturaleza humana de Cristo para hacerle rey, comenzándolas á declarar y á contar, una dellas es humildad y mansedumbre de corazon, como él mismo de sí lo testifica, diciendo (b): — Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. — Y como decíamos poco há, Esaías canta dél (c): — No será bullicioso, ni apagará una estopa que humee, ni una caña quebrantada la quebrará. — Y el profeta Zacarías tambien (d): — No quieras temer, dice, hija de Sion; que tu rey viene á tí justo y salvador y pobre, ó como dice otra letra, manso y asentado sobre un pollino. — Y parecerá al juicio del mundo que esta condicion de ánimo no es nada decente al que ha de reinar, mas á Dios, que no sin justísima causa llama entre todos los demás reyes á Cristo su rey, y que quiso hacerse en él un rey de su mano, que respondiese perfectamente á la idea de su corazon, halló, como es verdad, que la primera piedra desta su obra era un ánimo manso y humilde, y vió que un semejante edificio tan soberano y tan alto no se podia sustentar sino sobre cimientos tan hondos. Y como en la música no suenan todas las voces agudo ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente, y lo alto se templa

(a) Psalm. 118, v. 1. (b) Matth., 11, v. 29. (c) Esai., 42, v. 3. (d) Zachar., 9, v. 9.

y reduce á consonancia en lo bajo, así conoció que la humildad y mansedumbre entrañable que tiene Cristo en su alma convenia mucho para hacer armonia con la alteza y universalidad de saber y poder con que sobrepaja á todas las cosas criadas. Porque si tan no medida grandeza cayera en un corazon humano que de suyo fuera airado y altivo, aunque la virtud de la persona divina era poderosa para corregir este mal, pero ello de sí no podia prometer ningún bien.

»Demás de que, cuando de sí no fuera necesario que un tan soberano poder se templara en llaneza, ni á Cristo, por lo que á él y á su ánima toca, le fuera necesaria ó provechosa esta mezcla, á los súbditos y vasallos suyos nos convenia que este rey nuestro fuese de excelente humildad. Porque toda la eficacia de su gobierno y toda la muchedumbre de no estimables bienes que de su gobierno nos vienen, se nos comunica á todos por medio de la fe y del amor que tenemos con él y nos junta con él; y cosa sabida es que la majestad y grandeza, y toda la excelencia que sale fuera de competencia en los corazones mas bajos, no engendra afición, sino admiración y espanto, y mas arriedra que allega ó atrae; por lo cual no era posible que un pecho flaco y mortal, que considerase la excelencia sin medida de Cristo, se le aplicase con fiel afición y con aquel amor familiar y tierno con que quiere ser de nosotros amado, para que se nos comuniquen su bien, si no le considerara tambien no menos humilde que grande, y si, como su majestad nos encoge su inestimable llaneza y la nobleza de su perfecta humildad, no despertara osadía y esperanza en nuestra alma.

»Y á la verdad, si queremos ser jueces justos y fieles, ningún afecto ni arreo es mas digno de los reyes ni mas necesario que lo manso y lo humilde, sino que con las cosas habemos ya perdido los hombres el juicio dellas y su verdadero conocimiento, y como siempre vemos altivez y severidad y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres. Y no miramos siquiera que la misma naturaleza divina, que es emperatriz sobre todo, y de cuyo ejemplo han de sacar los que reinan la manera como han de reinar, con ser infinitamente alta, es llana infinitamente; y si este nombre de humilde puede caber en ella, y en la manera que puede caber humildísima, pues como vemos, descendiendo á poner su cuidado y sus manos ella por sí misma, no solo en la obra de un vil gusano, sino tambien en que se conserve y que viva; y matiza con mil graciosos colores sus plumas al pájaro, y viste de verde hoja los árboles; y eso mismo que nosotros despreciando hollamos los prados y el campo, aquella majestad no se desdeña de irlo pintando con yerbas y flores; por donde con voces llenas de alabanza y de admiración le dice David (e): — ¿Quién es como nuestro Dios, que mira en las alturas, y mira con cuidado hasta las mas humildes bajezas, y él mismo juntamente está en el cielo y en la tierra? —

»Así que, si no conocemos ya aquesta condicion en los príncipes, ni se la pedimos, porque el mal uso recibido y fundado daña las obras y pone tinieblas en la razon, y porque á la verdad, ninguna cosa son menos que lo

(e) Psalm. 112, v. 5.

que se nombran señores y príncipes, Dios en su Hijo, á quien hizo príncipe de todos los príncipes, y solo verdadero rey entre todos, como cualidad necesaria y preciada la puso. Mas; en qué manera la puso, ó qué tanta es y fué su dulce humildad? Mas pasemos á otra condicion que se sigue, que diciendo della, dirémos en mejor lugar la grandeza de aquesta que habemos llamado mansedumbre y llaneza, porque son entre sí muy vecinas; y lo que diré es como fruto de aquesto que he dicho. Pues fué Cristo, demás de ser manso y humilde, mas ejercitado que ningún otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el Padre á su Hijo porque le habia de hacer rey verdadero, y para que en el hecho de la verdad fuese perfectísimo rey, como san Pablo lo escribe (a): — Fué decente que aquel de quien y por quien y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para los llevar á la gloria, al príncipe de la salud dellos le perfeccionase con pasión y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal. — Y entreponiendo ciertas palabras, luego poco mas abajo torna y prosigue: — Por donde convino que fuese hecho semejante á sus hermanos en todo, para que fuese cabal y fiel y misericordioso pontífice para con Dios, para aplacarle en los pecados del pueblo. — Que por cuanto padeció él siendo tentado, es poderoso para favorecer á los que fueren tentados. En lo cuál no sé cuál es mas digno de admiración, el amor entrañable con que Dios nos amó, dándonos un rey para siempre, no solo de nuestro linaje, sino tan hecho á la medida de nuestras necesidades, tan humano, tan llano, tan compasivo y tan ejercitado en toda pena y dolor, ó la infinita humildad y obediencia y paciencia deste nuestro perpétuo Rey, que no solo para animarnos á los trabajos, sino tambien para saber él condolerse mas de nosotros cuando estamos puestos en ellos, tuvo por bueno hacer prueba él en sí primero de todos.

»Y como unos hombres padezcan en una cosa y otros en otra, Cristo, porque, así como su imperio se extendia por todos los siglos, así la piedad de su ánimo abrazase á todos los hombres, probó en sí cuasi todas las miserias de pena. Porque, ¿qué dejó de probar? Padecen algunos pobreza; Cristo la padeció mas que otro ninguno. Otros nacen de padres bajos y oscuros, por donde son tenidos por menos; el padre de Cristo á la opinión de los hombres fué un oficial carpintero. El destierro y el huir á tierra ajena fuera de su natural es trabajo, y la niñez de agreste Señor huye su natural y se esconde en Egipto. Apenas ha nacido la luz, y ya el mal la persigue. Y si es pena el ser ocasion de dolor á los suyos, el Infante pobre, huyendo, lleva en pos de sí por casas ajenas á la doncella pobre y bellísima, y al ayo santo y pobre tambien. Y aun por no dejar de padecer la angustia que el sentido de los niños mas siente, que es perder á sus padres, Cristo quiso ser y fué niño perdido.

»Mas vengamos á la edad de varon. ¿Qué lengua podrá decir los trabajos y dolores que Cristo puso sobre sus hombros, el no oído sufrimiento y fortaleza con

(a) Ad Hebraeor., 2, v. 10 et 17.

que los llevó, las invenciones y los ingenios de nuevos males que él mismo ordenó, como saboreándose en ellos; cuán dulce le fué el padecer, cuánto se preció de señalarse sobre todos en esto, cómo quiso que con su grandeza compitiese en él su humildad y paciencia? Sufrió hambre, padeció frio, vivió en extrema pobreza, cansóse y desvelóse, y anduvo muchos caminos, solo á fin de hacer bienes de incomparable bien á los hombres. Y para que su trabajo fuese trabajo puro, ó por mejor decir, para que llegase creciendo á su grado mayor, de todo aqueste afán el fruto fueron muy mayores afanes. Y de sus tan grandes sudores no cogió sino dolores y persecuciones y afrentas, y sacó del amor desamor, del bien hacer mal padecer, del negociarnos la vida, muerte extremadamente afrentosa, que es todo lo amargo y lo duro á que en este género de calamidad se puede subir. Porque si es dolor pasar una pobreza y desnudez y mucho desvelamiento y cuidado, ¿qué será cuando por quien se pasa no lo agradece? ¿qué cuando no lo conoce? ¿qué cuando lo desconoce, lo desagrada, lo maltrata y persigue? Dice David en el salmo (b): — Si quien me debia enemistad me persiguiera, fuera cosa que la pudiera llevar; mas mi amigo y mi conocido y el que era un alma conmigo, el que comia á mi mesa y con quien comunicaba mi corazon. — Como si dijese que el sentido de un semejante caso vencia á cualquier otro dolor. Y con ser así, pasa un grado mas adelante el de Cristo; porque, no solo le persiguieron los suyos, sino los que por infinitos beneficios que recibian dél estaban obligados á serlo, y lo que es mas, tomando ocasion de enojo y de odio de aquello mismo que con ningún agradecimiento podian pagar, como se querella en su misma persona dél el profeta Esaías, diciendo (c): — Y dije: Trabajado he por demás, consumido he en vano mi fortaleza, por donde mi pleito es con el señor y mi obra con el que es Dios mio. — Seria negocio infinito si quisiésemos por menudo decir en cada una obra de las que hizo Cristo lo que sufrió y padeció.

»Vengamos al remate de todas ellas, que fué su muerte, y verémos cuánto se preció de beber puro este cáliz, y de señalarse sobre todas las criaturas en gustar el sentido de la miseria por extremada manera, llegando hasta lo último dél. Mas ¿quién podrá decir ni una pequeña parte de aquesto? No es posible decirlo todo, mas diré brevemente lo que basta para que se conozcan los muchos quilates de dolor con que cualificó Cristo aqueste dolor de su muerte, y los innumerables males que en un solo mal encerró. Siéntese mas la miseria cuando sucede á la prosperidad, y es género de mayor infelicidad en los trabajos el haber sido en algui tiempo feliz. Poco antes que le prendiesen y pusiesen en cruz, quiso ser recibido, y lo fué de hecho con triunfo glorioso. Y sabiendo cuán mal tratado habia de ser desde á poco, para que el sentimiento de aquel tratamiento malo fuese mas vivo, ordenó que estuviese reciente y como presente la memoria de aquella divina honra que aquellos mismos que agora le despreciaban ocho dias antes le hicieron. Y tuvo por bien que cuasi se encontrasen en sus oídos las voces de «Hosanna, Hijo

(b) Psalm. 7, v. 5. (c) Esai., 49, v. 3.



de David», y de «Bendito el que viene en el nombre de Dios», con las de «Crucificalo, crucificalo», y con las de «Veis el que destruí y reedificaba el templo de Dios en tres días; no puede salvarse á sí, y pudo salvar á los otros». Para que lo desigual dellas y la contrariedad que entre sí tenían con las unas las otras causase mayor pena en su corazón.

»Suele ser descanso á los que desta vida se parten no ver las lágrimas y los sollozos y la tristeza alligada de los que bien quieren; Cristo la noche á quien sucedió el día último de su vida mortal los juntó á todos, y cenó con ellos juntos, y les manifestó su partida, y vió su congoja, y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese mas amarga la suya. ¿Qué palabras les dijo en lo que platicó con ellos aquella noche? Qué enterrecimientos de amor? Que si á los que agora los vemos escritos el oírlos nos enternece, ¿qué sería lo que obraron entonces en quien los decía? Pero vamos adonde ya él mismo, levantado de la mesa y caminando para el huerto, nos lleva. ¿Qué fué cada uno de los pasos de aquel camino, sino un clavo nuevo que le hería, llevándole al pensamiento y á la imaginación la prisión y la muerte, á que ellos mismos le acercaban buscándola? Mas ¿qué fué lo que hizo en el huerto, que no fuese acrecentamiento de pena? Escogió tres de sus discípulos para su compañía y conhorto, y consintió que se venciesen del sueño, para que con ver su descuido dellos, su cuidado y su pena dél creciese mas.

»Derrocóse en oración delante del Padre, pidiéndole que pasase dél aquel cáliz, y no quiso ser oído en aquesta oración. Dejó desear á su sentido lo que no quería que se le concediese, para sentir en sí la pena que nace del desear y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastara el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer como si dijésemos vigilia della y morir antes que muriese, ó por mejor decir, morir dos veces, la una en el hecho y la otra en la imaginación dél. Porque desnudó por una parte á su sentido inferior de las consolaciones y esfuerzos del cielo, y por otra parte le puso en los ojos una representación de los males de su muerte y de las ocasiones della, tan viva, tan natural, tan expresa y tan figurada, y con una fuerza tan eficaz, que lo que la misma muerte en el hecho no pudo hacer sin ayudarse de las espigas y el hierro, en la imaginación y figura por sí misma y sin armas ningunas lo hizo. Que le abrió las venas, y sacándole la sangre dellas, bañó con ella el sagrado cuerpo y el suelo. ¿Qué tormento tan desigual fué este con que se quiso atormentar de antemano? Qué hambre, ó digamos, qué codicia de padecer? No se contentó con sentir el morir, sino quiso probar también la imaginación y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte súbita y que viene no pensada y cuasi de improviso, con un breve sentido se pasa, quiso entregarse á ella antes que fuese. Y antes que sus enemigos se le acarreasen, quiso traerla él á su alma y mirar su figura triste, y detener el cuello á su espada, y sentir por menudo y despacio sus heridas todas, y avivar mas sus sentidos, para sentir mas el dolor de sus golpes, y como dije, probar hasta el cabo cuánto duele la muerte, esto es, el morir y el temor del morir.

»Y aunque digo el temor del morir, si tengo de decir, Juliano, lo que siempre entendí acerca desta agonia de Cristo, no entiendo que fué el temor el que le abrió las venas y le hizo sudar gotas de sangre; porque, aunque de hecho temió, porque él quiso temer, y temiendo probar los accidentes ásperos que trae consigo el temor; pero el temor no abre el cuerpo ni llama afuera la sangre, antes la recoge adentro y la pone á la redonda del corazón, y deja frío lo exterior de la carne, y por la misma razón aprieta los poros della. Y así, no fué el temor el que sacó afuera la sangre de Cristo, sino, si lo habemos de decir con una palabra, el esfuerzo y el valor de su ánima, con que salió al encuentro y con que al temor resistió, ese con el tesón que puso abrió todo el cuerpo. Porque se ha de entender que Cristo, como voy diciendo, porque quiso hacer prueba en sí de todos nuestros dolores, y vencerlos en sí para que despues fuesen por nosotros mas fácilmente vencidos, armó contra sí en aquella noche todo lo que vale y puede la congoja y el temor, y consintió que todo ello de tropel y como en un escuadrón moviese guerra á su alma. Porque figurándole todo con no creíble viveza, puso en ella como vivo y presente lo que otro día había de padecer, así en el cuerpo con dolores como en esa misma alma con tristeza y congojas. Y juntamente con esto, hizo también que considerase su alma las causas por las cuales se sujetaba á la muerte, que eran las culpas pasadas y porvenir de todos los hombres, con la fealdad y graveza dellas, y con la indignación grandísima y la encendida ira que Dios contra ellas concibe; y ni mas ni menos consideró el poco fruto que tan ricos y tan trabajados trabajos habían de hacer en los mas de los hombres.

»Y todas estas cosas juntas y distintas, y vivísimamente consideradas, le acometieron á una, ordenándolo él, para ahogarle y vencerle. De lo cual Cristo no huyó ni rindió á estos temores y fatigas apocadamente su alma, ni para vencerles les embotó, como pudiera, las fuerzas; antes, como he dicho, cuanto fué posible se las acrecentó; ni menos armó á sí mismo y á su santa alma, ó con insensibilidad para no sentir, antes despertó en ella mas sus sentidos, ó con la defensa de su divinidad bañándola en gozo, con el cual no tuviera sentido del dolor, ó á lo menos con el pensamiento de la gloria y bienaventuranza divina, á la cual por aquellos males caminaba su cuerpo, apartando su vista de ellos y volviéndola á aquesta otra consideración, ó templando siquiera la una consideración con la otra; sino, desnudo de todo esto, y con solo el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razón el respeto de su Padre y el deseo de obedecerle, les hizo á todos cara y luchó, como dicen, á brazo partido con todos, y al fin lo rindió todo y lo sujetó debajo sus piés. Mas la fuerza que puso en ello, y el estribar la razón contra el sentido, y como dije, el tesón generoso con que aspiró á la victoria, llamó afuera los espíritus y la sangre, y la derramó. Por manera que lo que vamos diciendo, que gustó Cristo de sujetarse á nuestros dolores, haciendo en sí prueba dellos, según esta manera de decir, aun se cumple mejor. Porque, no solo sintió el mal del temor y la pena de la congoja y el trabajo, que es sentir en sí

divertidos deseos, y el desear algo que no se cumple, pero la fatiga increíble del pelear contra su apetito propio y contra su misma imaginación, y el resistir á las formas horribles de tormentos y males y afrentas, que se le venían espantosamente á los ojos para ahogarle, y el hacerles cara, y él peleando uno contra tantos, valerosamente vencerlos con no oído trabajo y sudor, también lo experimentó.

»Mas ¿de qué no hizo experiencia? También sintió la pena que es ser vendido y traído á muerte por sus mismos amigos, como ello fué en aquella noche de Judas; el ser desamparado en su trabajo de los que le debían tanto amor y cuidado, el dolor del trocarse los amigos con la fortuna, el verse, no solamente negado de quien tanto le amaba, mas entregado del todo en las manos de quien le desamaba tan mortalmente; la calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma, y la sed de la sangre inocente asentada en el soberano tribunal por juez, males que solo quien los ha probado los siente; la forma de juicio y el hecho de cruel tiranía, el color de religión adonde era todo impiedad y blasfemia, el aborrecimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra. Con todas estas amarguras templó Cristo su cáliz, y añadió á todas ellas las injurias de las palabras, las afrentas de los golpes, los escarnios, las befas, los rostros y los pechos de sus enemigos bañados en gozo, el ser traído por mil tribunales, el ser estimado por loco, la corona de espigas, los azotes crueles, y lo que entre estas cosas se encubre, y es dolorosísimo para el sentido, que fué el llegar tantas veces en aquel día de su prisión la causa de Cristo, mejorándose, á dar buenas esperanzas de sí, y habiendo llegado á este punto, el tornar súbitamente á empeorarse despues.

»Porque cuando Pilato despreció la calumnia de los fariseos y se enteró de su envidia, mostró prometer buen suceso el negocio. Cuando temió por haber oído que era Hijo de Dios, y se recogió á tratar dello con Cristo, resplandeció como una luz y cierta esperanza de libertad y salud. Cuando remitió el conocimiento del pleito Pilato á Heródes, que por oídas juzgaba divinamente de Cristo, ¿quién no esperó breve y feliz conclusión? Cuando la libertad de Cristo la puso Pilato en la elección del pueblo, á quien con tantas buenas obras Cristo tenía obligado; cuando les dió poder que librasen al homicida ó al que restituía los muertos á vida; cuando avisó su mujer al juez de lo que había visto en vision, y le amonestó que no condenase á aquel justo, ¿qué fué sino un llegar casi á los umbrales el bien? Pues este subir á esperanzas alegres y caer dellas al mismo momento, este abrirse el día del bien y tornar á escurecerse de súbito, el despintarse improvisamente la salud que ya se tocaba. Digo pues que este variar entre esperanza y temor, y esta tempestad de olas diversas que ya se encumbraban prometiéndole vida, y ya se derrocaban amenazando con muerte; esta desventura y desdicha, que es propia de los muy desgraciados, de florecer para secarse luego, y de revivir para luego morir, y de venirles el bien y desaparecerse, deshaciéndoseles entre las manos cuando les llega, probó también

en sí mismo el Cordero. Y la buena suerte y la buena dicha única de todas las cosas quiso gustar de lo que es ser uno infeliz.

»Infinito es lo que acerca desto se ofrece, mas cánsase la lengua en decir lo que Cristo no se cansó en padecer. Dejó la sentencia injusta la voz del pregon, los hombros flacos, la cruz pesada, el verdadero y propio cetro de aqueste nuestro gran rey, los gritos del pueblo, alegres en unos y en otros llorosos, que todo ello traía consigo su propio y particular sentimiento. Vengo al monte Calvario. Si la pública desnudez en una persona grave es áspera y vergonzosa, Cristo quedó delante de todos desnudo. Si el ser atravesado con hierro por las partes mas sensibles del cuerpo es tormento grandísimo, con clavos fueron allí atravesados los piés y las manos de Cristo. Y porque fuese el sentimiento mayor, el que es piadoso aun con las mas viles criaturas del mundo, no lo fué consigo mismo, antes en una cierta manera se mostró contra sí mismo cruel. Porque lo que la piedad natural y el afecto humano y comun, que aun en los ejecutores de la justicia se muestra, tenía ordenado para menos tormento de los que morían en cruz, ofreciéndoselo á Cristo, le desechó. Porque daban á beber á los crucificados en aquel tiempo, antes que los enclavasen, cierto vino conficionado con mirra y encienso, que tiene virtud de ensordecir el sentido y como embotarle al dolor para que no sienta; y Cristo, aunque se lo ofrecieron, con la sed que tenía de padecer, no lo quiso beber.

»Así que, desafiando al dolor, y desechando de sí todo aquello con que se pudiera defender en aquel desafío, el cuerpo desnudo y el corazón armado con fortaleza y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro rey en la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo él solo la pena que merecía padecer el mundo por sus delitos, padeció lo que decir no se puede. Porque ¿en qué parte de Cristo ó en qué sentido suyo no llegó el dolor á lo sumo? Los ojos vieron lo que visto traspasó el corazón, la madre viva, y muerte presente. Los oídos estuvieron llenos de voces blasfemas y enemigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustó hiel y vinagre. El sentido todo del tacto, rasgado y herido por infinitas partes del cuerpo, no tocó cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin dió licencia á su sangre, que, como deseosa de lavar nuestras culpas, salía corriendo abundante y presurosa. Y comenzó á sentir nuestra vida despojada de su calor, lo que solo le quedaba ya por sentir los fríos tristísimos de la muerte, y al fin sintió y probó la muerte también.

»Pero ¿para qué me detengo yo en esto? Lo que agora Cristo, que reina glorioso y señor de todo, en el cielo nos sufre, muestra bien claramente cuán agradable le fué siempre el sujetarse á trabajos. ¿Cuántos hombres, ó por decir verdad, cuántos pueblos y cuántas naciones enteras, sintiendo mal de la pureza de su doctrina, blasfeman hoy de su nombre? Y con ser así, que él en sí está exento de todo mal y miseria, quiere y tiene por bien de en la opinión de los hombres padecer esta afrenta en cuanto su cuerpo místico, que vive en este destierro, padece, para compadecerse así dél y para con-



formarse siempre con él.» «Nuevo camino para ser uno rey, dijo aquí Sabino vuelto á Juliano, es este que nos ha descubierto Marcelo. Y no sé yo si acertaron con él algunos de los que antiguamente escribieron acerca de la crianza é institución de los príncipes, aunque bien sé que los que ahora viven no le siguen. Porque en el no saber padecer tienen puesto lo principal del ser rey.» «Algunos, dijo al punto Juliano, de los antiguos quisieron que el que se criaba para ser rey se criase en trabajos, pero en trabajos de cuerpo, con que saliese sano y valiente; mas en trabajos de ánimo que le enseñasen á ser compasivo, ninguno, que yo sepa, lo escribió ni enseñó. Mas si fuera aquesta enseñanza de hombres, no fuera aquesta rey de Marcelo rey propiamente hecho á la traza y al ingenio de Dios, el cual camina siempre por caminos verdaderos, y por el mismo caso contrarios á los del mundo, que sigue el engaño.

»Así que, no es maravilla, Sabino, que los reyes de agora no se precien para ser reyes de lo que se preció Jesucristo, porque no siguen en el ser reyes un mismo fin. Porque Cristo ordenó su reinado á nuestro provecho, y conforme á esto, se cualificó á sí mismo y se dotó de todo aquello que parecía ser necesario para hacer bien á sus súbditos; mas estos que ahora nos mandan, reinan para sí, y por la misma causa no se disponen ellos para nuestro provecho, sino buscan su descanso en nuestro daño. Mas aunque ellos, cuanto á lo que les toca, desechen de sí este amaestramiento de Dios, la experiencia de cada día nos enseña que no son los que deben por carecer dél. Porque ¿de dónde pensais que nace, Sabino, el poner sobre sus súbditos tan sin piedad tan pesadísimos yugos, el hacer leyes rigurosas, el ponerlas en ejecución con mayor crueldad y rigor, sino de nunca haber hecho experiencia en sí de lo que duele la aflicción y pobreza?» «Así es, dijo Sabino; pero ¿qué ayosaría ejercitar en dolor y necesidad á su príncipe? O si osase alguno, ¿cómo sería recibido y sufrido de los demás?» «Esa es, respondió Juliano, nuestra mayor ceguera, que aprobamos lo que nos daña, y que tendríamos por baja que nuestro príncipe supiese de todo, siendo para nosotros tan provechoso como habeis oído, que lo supiese. Mas, si no se atreven á esto los ayos, es porque ellos y los demás que crían á los príncipes los quieren emponer en el ánimo á que no se precien de bajar los ojos de su grandeza con blandura á sus súbditos, y en el cuerpo á que ensanchen el estómago cada día con cuatro comidas, y á que aun la seda les sea áspera y la luz enojosa.

»Pero aquesto, Sabino, es de otro lugar, y quitamos en ello á Marcelo el suyo, ó por mejor decir á nosotros mismos el de oír enteramente las cualidades de aqueste verdadero rey nuestro.» «A mí, dijo Marcelo, no me habeis Juliano, quitado ningún lugar, sino antes me habeis dado espacio para que con mas aliento prosiga mejor mi camino. Y á vos, Sabino, dijo volviéndose á él, no os pase por la imaginación querer concertar ó pensar que es posible que se concierten las condiciones que puso Dios en su rey con las que tienen estos reyes que vemos. Que si no fueran tan diferentes del todo, no le llamara Dios señaladamente su rey, ni su reino dellos se acabara con ellos y el de nuestro rey fuera

sempiterno, como es. Así que, pongan ellos su estado en la altivez, y no se tengan por reyes si padecen alguna pena; que Dios, procediendo por camino diferente, para hacer en Jesucristo un rey que mereciese ser suyo, le hizo humildísimo para que no se desvaneciese en soberbia con la honra, y le sujetó á miseria y á dolor para que se compadeciese con lástima de sus trabajados y doloridos súbditos. Y demás desto, y para el mismo fin de buen rey, le dió verdadero y perfecto conocimiento de todas las cosas y de todas las obras dellas, así las que fueron como las que son y serán; porque el rey, cuyo oficio es juzgar dando á cada uno su merecido, y repartiendo la pena y el premio, si no conoce él por sí la verdad, traspasará la justicia; que el conocimiento que tienen de sus reinos los príncipes por relaciones y pesquisas ajenas, mas los ciega que los alumbrá.

»Porque, demás de que los hombres por cuyos ojos y oídos ven y oyen los reyes muchas veces se engañan, procuran ordinariamente engañarlos por sus particulares intereses é intentos. Y así, por maravilla entra en secreto real la verdad. Mas nuestro rey, porque su entendimiento, como clarísimo espejo, le representa siempre cuanto se hace y se piensa, no juzga, como dice Esaías (a), ni reprehende ni premia por lo que al oído le dicen ni segun lo que á la vista parece, porque el un sentido y el otro sentido puede ser engañado; ni tiene de sus vasallos la opinion que otros vasallos suyos aficionados ó engañados le ponen, sino la que pide la verdad, que él claramente conoce. Y como puso Dios en Cristo el verdadero conocer á los suyos, ansimismo le dió todo el poder para hacerles mercedes. Y no solamente le concedió que pudiese, mas tambien en él mismo, como en tesoro, encerró todos los bienes y riquezas que pueden hacer ricos y dichosos á los de su reino. De arte que no trabajarán remitidos de unos á otros ministros con largas. Mas, lo que es principal, hizo para perfeccionar este rey que sus súbditos todos fuesen sus deudos, ó por mejor decir, que naciesen dél todos, y que fuesen hechura suya y figurados á su semejanza. Aunque esto sale ya de lo primero, que toca á las cualidades del rey, y entra en lo segundo que propusimos, de las condiciones de los que en este reino son súbditos; y digamos ya de ellas.

»Y á la verdad casi todas ellas se reducen á esta, que es ser generosos y nobles todos y de un mismo linaje. Porque, aunque el mando de Cristo universalmente comprehende á todos los hombres y á todas las criaturas, así las buenas como las malas, sin que ninguna dellas pueda eximirse de su sujeción, ó se contente dello ó le pese; pero el reino suyo de que agora vamos hablando, y el reino en quien muestra Cristo sus nobles condiciones de rey, y el que ha de durar perpétuamente con él descubierta y glorioso (porque á los malos tendrállos encerrados y aprisionados y sumidos en eterno olvido y tinieblas); así que, este reino son los buenos y justos solos, y destes decimos agora que son generosos todos y de linaje alto y todos de uno mismo. Porque dado que sean diferentes en nacimientos, mas, como esta mañana se dijo, el nacimiento en que se diferencian, fué nacimiento perdido y de quien caso no se ha-

(a) Esai., 11 v. 5.

de para lo que toca á ser vasallos en este reino, el cual se compone todo de lo que san Pablo llama nueva criatura, cuando á los de Galacia escribe, diciendo (a): —Acerca de Cristo Jesús, ni es de estima la circuncisión ni el prepucio, sino la criatura nueva. — Y así, todos son hechura y nacimiento del cielo y hermanos entre sí, y hijos todos de Cristo en la manera ya dicha.

»Vió David esta particular excelencia deste reino de su nieto divino, y dejóla escrita breve y elegantemente en el salmo 109, segun una lición que así dice (b): — Tu pueblo príncipes, en el día de tu poderío. — Adonde lo que decimos príncipes, la palabra original, que es *nedaboth*, significa al pié de la letra liberales, dadivosos ó generosos de corazón. Y así, dice que en el día de su poderío, que llama así el reino descubierta de Cristo, cuando vencido todo lo contrario, y como deshecha con los rayos de su luz toda la niebla enemiga, que agora se le opondrá, viniere en el último tiempo y en la generación de las cosas, como puro sol, á resplandecer solo, claro y poderoso en el mundo; pues en este su día, cuando él y lo apurado y escogido de sus vasallos resplandecerá solamente, quedando los demás sepultados en obscuridad y tinieblas, en este tiempo y en este día su pueblo serán príncipes. Esto es todo; sus vasallos serán reyes, y él, como con verdad la Escritura le nombra, Rey de reyes será y Señor de señores.»

Aquí Sabino, volviéndose á Juliano, «Nobleza es, dijo, grande de reino aquesta, Juliano, que nos va diciendo Marcelo, adonde ningún vasallo es ni vil en linaje ni afrentado por condición, ni menos bien nacido el uno que el otro. Y paréceme á mí que esto es ser rey propia y honradamente, no tener vasallos viles y afrentados.» «En esta vida, Sabino, respondió Juliano, los reyes della, para el castigo de la culpa, están como forçados á poner nota y afrenta en aquellos á quien gobiernan, como en la órden de la salud y en el cuerpo conviene á las veces maltratar una parte para que las demás no se pierdan. Y así, cuanto á esto no son dignos de reprehensión nuestros príncipes.» «No los reprehendo yo agora, dijo Sabino, sino duélome de su condición, que por esa necesidad que, Juliano, decís, vienen á ser forzosamente señores de vasallos ruines y viles. Y débeseles tanto mas lástima, cuanto fuere mas precisa la necesidad. Pero si hay algunos príncipes que lo procuran, y que les parece que son señores cuando hallan mejor órden, no solo para afrentar á los suyos, sino tambien para que vaya cundiendo por muchas generaciones su afrenta y que nunca se acabe, destes, Juliano, ¿qué me diréis?» «¿Qué? respondió Juliano. Que ninguna cosa son menos que reyes. Lo uno, porque el fin adonde se endereza su oficio es hacer á sus vasallos bienaventurados, con lo cual se encuentra por maravillosa manera el hacerlos apocados y viles. Y lo otro, porque cuando no quieran mirar por ellos, á sí mismos se hacen daño y se apocan.

»Porque, si son cabezas, ¿qué honra es ser cabeza de un cuerpo disforme y vil? Y si son pastores, ¿qué les vale un ganado roñoso? Bien dijo el poeta trágico: —Mandar entre los ilustres, bella cosa. — Y no solo da-

(a) Galat., 6, v. 15. (b) Psalm. 109, v. 4. in litter. Heb. E. XVI-11.

ñan á su honra propia cuando buscan invenciones para manchar la de los que son gobernados por ellos, mas dañan muchos sus intereses, y ponen en manifesto peligro la paz y la conservación de sus reinos. Porque, así como dos cosas que son contrarias, aunque se juntan, no se pueden mezclar, así no es posible que se añude con paz el reino cuyas partes están tan opuestas entre sí y tan diferenciadas, unas con mucha honra y otras con señalada afrenta. Y como el cuerpo que en sus partes está maltratado y cuyos humores se conciertan mal entre sí está muy ocasionado y muy vecino á la enfermedad y á la muerte; así por la misma manera el reino adonde muchas órdenes y suertes de hombres y muchas casas particulares están como sentidas y heridas, y adonde la diferencia que por estas causas pone la fortuna y las leyes no permite que se mezclen y se concierten bien unas con otras, está sujeto á enfermar y á venir á las armas con cualquiera razon que se ofrece. Que la propia lástima é injuria de cada uno encerrada en su pecho, y que vive en él, los despierta y los hace velar siempre á la ocasión y á la venganza.

»Mas dejemos lo que en nuestros reyes y reinos, ó pone la necesidad ó hace el mal consejo y error, y cábenos, Marcelo, de decir por qué razon estos vasallos todos de nuestro único rey son llamados liberales y generosos y príncipes.» «Son, dijo Marcelo, respondiendo encontinente, así por parte del que los crió y la forma que tuvo en criarlos, como por parte de las cualidades buenas que puso en ellos cuando así fueron criados. Por parte del que los hizo, porque son efectos y frutos de una suma liberalidad; porque en solo el ánimo generoso de Dios y en la largueza de Cristo no medida pudo haber el hacer justos y amigos suyos, y tan privados amigos, á los que de sí no merecian bien, y merecian mal por tantos y tan diferentes títulos. Porque, aunque es verdad que el ya justo puede merecer mucho con Dios, mas esto, que es venir á ser justo el que era aborrecido enemigo, solamente nace de las entrañas liberales de Dios; y así, dice Santiago (c) que nos engendró voluntariamente. Adonde lo que dijo con la palabra griega *βουλοθεϊς*, que significa de su voluntad, quiso decir lo que en su lengua materna, si en ella lo escribiera, se dice Nadib, que es palabra vecina y nacida de la palabra *nedaboth*, que, como dijimos, significa á estos que llamamos liberales y príncipes. Así que, dice que nos engendró liberal y principalmente, esto es, que nos engendró, no solo porque quiso engendrarlos y porque le movió á ello su voluntad, sino porque le plugo mostrar en nuestra creación para la gracia y justicia los tesoros de su liberalidad y misericordia.

»Porque á la verdad, dado que todo lo que Dios cria nace dél, porque él quiere que nazca, y es obra de su libre gusto, á la cual nadie le fuerza el sacar á luz á las criaturas; pero esto, que es hacer justos y poner su ser divino en los hombres, es no solo voluntad, sino una extraña liberalidad suya. Porque en ello hace bien, y bien el mayor de los bienes, no solamente á quien no se lo merece, sino señaladamente á quien del todo se lo des-

(c) Jacob., 1, v. 18.